
EL GRAN VEHÍCULO

El *Mahayana* o Gran Vehículo representa la evolución del budismo precanónico, modificado tanto por creencias populares, como por las elaboraciones de los eruditos en el aspecto filosófico.

Rasgos distintivos

Las principales características del budismo mahayánico pueden enumerarse como sigue:

1. Conservación de la actitud mística propia del budismo primitivo.
2. Compatibilización de lo transitorio y contingente con lo eterno y trascendente.
3. Concepción del estado de *bodhi* o iluminación como la meta deseable y alcanzable para todos.
4. Profundización del espíritu solidario, en contraste con el individualismo hinayanista.
5. Desarrollo de un culto de adoración a los Budas.
6. Bibliolatría o veneración desmesurada por las escrituras canónicas, actitud que luego se extendió a otros tratados y recopilaciones de discursos. Todo ello desembocó en una

desmesurada proliferación de escritos que, considerados más meritorios cuanto más extensos, llegó a constituir un cúmulo virtualmente inabarcable.

Soteriología

De todas estas características, tal vez la central y peculiar del Mahayana es su soteriología, o doctrina de la salvación. Para los seguidores del Gran Vehículo, la salvación está lejos de ser un problema estrictamente individual.

El mundo perceptible es considerado ilusorio porque aparenta una pluralidad que en el fondo es irreal; cada individualidad es, lo sepa o no, parte de una unidad total y trascendente. Por ello, para alcanzar la salvación se requiere, ante todo, abandonar el aparente aislamiento de la personalidad individual.

De aquí que el Mahayana es básica y esencialmente altruista. No puede dejar de solidarizarse con todos, porque la salvación individual es imposible, ilusoria, o por lo menos incompleta, si no incluye la salvación de los otros. Así, el mahanayista reconoce como deber irrenunciable el de ayudar a su prójimo, y este reconocimiento provee una firme base para la ética.

El ideal de la salvación es el de llegar a ser un iluminado, un Buda. A su vez, la iluminación individual sirve para contribuir a la iluminación de otros. Sin embargo, no debe pensarse que lograr la ansiada iluminación sea una tarea sencilla; se piensa que ordinariamente exige pasar por una larga serie de ciclos de nacimiento, muerte y reencarnación. Hasta que se alcance el objetivo, lo importante es permanecer en el camino correcto. A quien está en el camino, y en su andar puede ayudar a otros, se le conoce como *bodhisattva*.

Cosmología y antropología

La realidad absoluta, indefinible, indeterminada e incognoscible, se denomina *tathatá*, «lo que es así». Corresponde aproximadamente al concepto de Brahman indio y del Tao chino (véase el capítulo I de la primera parte y el capítulo IV de ésta). Este Absoluto está en cierto modo vinculado con el mundo perceptible, el cual es su manifestación imperfecta.

Según una de las escuelas mahayánicas indias, la iluminación consiste precisamente en llegar a percibir la unidad radical de lo contingente y lo absoluto. El nirvana no es, en esta concepción, un estado fuera del transcurrir cósmico (*samsara*). El iluminado es quien ha llegado a comprender que *siempre ha estado en el nirvana*.

A esta escuela se la llama *relativista*, porque considera ilusoria la realidad de todo cuanto exista en relación con otra cosa: verdad-mentira, ser-nada, etc. También se la llama *Doctrina del Camino Medio*, porque no afirma ni niega la realidad del universo perceptible; intenta explicar el Absoluto por la negativa: el *tathata* no es A, ni no-A, ni A y no-A, ni la negación de ambos.

Otra influyente escuela concibió al *tathatá* como «conciencia pura», paradójicamente inconsciente e indiferente. La inconsciencia del Absoluto se afirma porque, para tener conciencia de sí mismo, el *tathatá* debería desdoblarse en sujeto y objeto, en conocedor y aquello que es conocido; este desdoblamiento es ilusorio e imperfecto. Es lo que ha llevado al hombre a una cosmovisión errónea. Por consiguiente, para salvarse es necesario deponer esta actitud de discriminación entre sujeto y objeto, por medio del cese de la actividad creadora del pensamiento (es decir, alcanzar la «conciencia pura», vacía de contenido).

Mientras que el Hinayana negó la existencia misma del «yo», el Gran Vehículo lo consideró ilusorio no por inexistente, sino por su falta de congruencia o sintonía con el «Yo»

universal (tathatá). Por tanto, la iluminación no exige la desaparición del yo, sino la comprensión de que el «yo» individual es el producto de una percepción errónea. Es una forma equivocada y parcial de percibir la realidad universal, y el origen de dicho error es precisamente la distinción artificial entre sujeto y objeto.

Detallamos estas concepciones debido a su influencia directa sobre el ideal de vida mahayanista. Todo el acontecer cósmico, cuyo perpetuo movimiento cíclico fue simbolizado por la cruz gamada (suástica) constituye finalmente *una única vida universal*. El nacimiento, la vida y la muerte de los seres individuales no son sino aspectos de la Vida Universal, manifestaciones diversas de su constante flujo. Por tanto, la muerte no es el fin de la vida, sino una parte más de ella.

Algunas escuelas creen en la existencia de un paraíso llamado *Devachan*, o Morada de los Resplandecientes. Los *Devas* o resplandecientes serían en cierto modo seres angélicos. En el *Devachan* persistiría transitoriamente la existencia individual, en el intervalo entre dos reencarnaciones.

Culto a los Budas

A diferencia del budismo meridional, el Mahayana considera a Buda como alguien que puede ayudar a otros, y contribuir eficazmente a la salvación de ellos. De hecho, el Gran Vehículo acepta la existencia de **varios Budas**, y rinde además culto a diversos liberados o bodhisattvas. Uno de éstos últimos, el Señor Maitreya, será un Buda que habrá de encarnarse en el futuro.

Aunque en el último análisis todos los Budas puedan considerarse manifestaciones particulares de un único Buda primordial, en la práctica el reconocimiento de muchos Budas lleva al politeísmo.

Los principales objetos de culto son los cinco «Budas de

la Meditación» o *dhyani-buddhas*, arquetipos místicos que no se encarnan; los correspondientes cinco budas encarnados, más otros tantos bodhisattvas que cumplirían el papel de mediadores, son también objetos de devoción.

Primitivamente se creyó que cada Buda tenía dos cuerpos: Uno material, aunque sobrenatural, llamado *rupakaya*, que en cierto sentido era ilusorio, y otro superior, el *dharmakaya*, vinculado con la realidad absoluta y sólo perceptible en estado extático.

Más tarde se enseñó una triplicidad de cuerpos. El *dharmakaya* se llegó a considerar completamente trascendente y por tanto imposible de ser percibido. El lugar que antes tenía el *dharmakaya* lo ocupó el *sambhogakaya* o Cuerpo de Amor, resplandeciente, majestuoso, personal, objeto de devoción y culto. El tercer cuerpo se llamó *nirmanakaya*; visible pero mágico, fantasmal, sobrehumano. Según esta concepción de tres cuerpos (trisomática) los Budas nunca se encarnaron realmente, sino que enviaron estos cuerpos como epifanías o manifestaciones salvadoras.

El Vehículo del Diamante

El *Vajrayana* o Vehículo del Diamante es una forma degradada y mágica del Gran Vehículo. Conocida también como *tantrismo*, propicia una tercera vía de salvación diferente del legalismo hinayanista y del altruismo mahayanista.

Se caracteriza por su énfasis en elementos mágicos que, latentes en el Gran Vehículo, pasan a primer plano en el tantrismo. Busca la propiciación de numerosos dioses, emplea con fines mágicos fórmulas verbales (mantras) y complejos diseños gráficos o *mandalas*, y pretende con todo ello manipular energías sobrenaturales. La influencia de lo mágico creció desmesuradamente a expensas del énfasis ético del budismo antiguo. En el *Vajrayana*, el aspecto ético

se debilita hasta desaparecer, en la misma medida en que se fortalece el ritualismo y la magia. La salvación ya no se logra por la recta conducta, sino por la propiciación de los dioses y de las fuerzas cósmicas.

En el Pequeño Vehículo, el mundo carecía de importancia por ser ilusorio y estar por completo desvinculado de la Absoluto. En el Gran Vehículo, el mundo perceptible era ilusorio por aparentar pluralidad en lugar de mostrar unidad. En el Vehículo del Diamante, moldeado por la idolatría, la sensualidad y la hechicería, el mundo material se revalorizó, al tiempo que la moral se relajó. Por influencia hinduista, el Vajrayana incorporó deidades femeninas, prácticas de iniciación, ritos mágicos y otras formas abominables de culto que condujeron a la prostitución religiosa y a una concepción amoral de la vida: todo era posible, con tal de que se supiese cómo propiciar a los dioses.